

SOPA DE LETRAS

(CONTINUACIÓN)

por el

Doctor RAMON DIAZ MORA

Perales del Puerto (Cáceres).

IX

YO A CONSEJO

He aquí que esta mañana le he encontrado a usted, mi buen «colega» y veterinario rural, afectado por una grave pesadumbre. Me ha puesto usted al corriente de su preocupación profesional, interesada en el empeño de arrancar de las garras de la muerte la preciosa vida de la vaca lechera, propiedad del honrado vecino Román (a) *Cachiporro*.

Prodigioso rumiante, productor—¿no se dice así?—nada menos que de sesenta cuartillos diarios del sabroso y blanco jugo, que, añadidos en veinte más de agua, hacen un total de ochenta, que se traducen en ochenta pesetas contantes, ya que no sonantes, nada despreciable ingreso, aunque no el único, si importante para la pervivencia de la numerosa familia del honrado Román (a) *Cachiporro*.

Estaba usted preocupado, ensimismado, ceñudo, ganado por el disgusto que afectaba a los dueños del animalito. Su estado de ánimo hallábase aún más deprimido, pues había ocurrido un grave incidente, porque con la enorme dosis de sulfamida que usted le propinó se le despertaron intensos fenómenos de intolerancia y el pobre animal paciente se deshacía en una copiosa diarrea.

Román (a) *Cachiporro* alarmóse un punto más. si ello era aún posible. E inmediatamente hizo llamar telegráficamente al profesor veterinario, a quien usted está sustituyendo. Quería que ambos celebrasen una consulta «de cabecera» con toda la amplitud, meticulosidad y urgencia que las circunstancias demandaban.

Yo también quise echar mi cuarto a espadas. No profesionalmente, claro es, sino de modo personal, para llevar al ánimo de usted la tranquilidad perdida, disipar sus temores, e infundirle la esperanza de que el trance se resolvería felizmente, y se salva-

ría la vida de la vaca del honrado vecino Román (a) *Cachiporro*.

En contra de la actuación de usted y de su compañero, y del desgraciado resultado de la consulta que ustedes celebrasen, yo contaba—en el más desfavorable de los supuestos—y les enfrentaba la consabida *vix medicatrix naturae*, que aunque ustedes ni «atinasen» con la dolencia, saldría triunfante. E iba más allá en mi cordial intento, pretendiendo colocarle a usted en situación de autodomínio razonador para que, después, pudiese extraer del éxito alcanzado las más sabrosas consecuencias prácticas, benéficas para su peculio.

Decíale yo: Procurarán ustedes dar a la consulta que celebren un tono altamente doctoral y pedante. Se detendrán minuciosamente en hacer una detallada exploración visual, manual e instrumental, previamente precedida de un reiterado interrogatorio... a los dueños del animalito. Acompañarán su actuación con superabundancia de gestos y ademanes ceremoniosos, moviéndose en silencio, que esto impresiona fuertemente y capta el ánimo de los numerosos circunstantes que inevitablemente presenciarán el acto. Terminadas estas maniobras preparatorias, con parsimonia, con serenidad bien estudiada, ya limpios y en orden el atuendo, se sentarán cómodamente a discutir el problema clínico investigado. Lo harán con mutua cortesía, con toda corrección, eso sí, mas presentándose uno a otro manifiestas objeciones, en un tira y afloja de anodinos argumentos, por los que llegarán a un final coincidente, que se resumirá así:

—El caso es grave en demasía; más bien, desesperado, pero...

Y tras este «pero» esperanzador, una pausa bien estudiada y la conclusión inmediata:

—... pero no es irremediamente fatal y logramos resolverlo felizmente si las fuerzas orgánicas del animalito nos ayudan y nuestra terapéutica es eficaz.

Maravillosa fórmula, verdadera y cierta, en la que no se puede decir más sin decir nada, y que tiene la virtud de convencer siempre.

Después... Si el animalito se muere, ya lo habían ustedes anunciado discretamente, y bien a pesar de sus desvelos fué; pero si salva...

¡Ah, si salva! Llega entonces la hora de pasar su cuenta de servicios practicados y consulta profesoral. La alegría que substituyó a los pesares y disgustos de Román (a) *Cachiporro* y sus familiares, la satisfacción de ustedes por el éxito logrado, no les hará perder la ecuanimidad para que puedan valorar detenidamente todos los motivos dignos de considerarse encaminados a elevar su minuta hasta un grado altamente febril. No olviden que por la suma total de honorarios que ustedes exijan medirán los clientes su sabiduría y su esfuerzo.

Meditarán, primeramente, sobre los pasados sufrimientos «morales» de Román (a) *Cachiporro* y sus familiares, embargados por el temor de perder el animalito. Considerarán el abismo que media entre aquella lacrimosa situación y la risueña bienandanza que ahora disfrutan, alejadas las nubes del peligro. Establecerán un cálculo de la producción lechera de la vaca, más las adulteraciones hidrológicas sobreañadidas. En fin, todos aquellos datos necesarios para llegar a la conclusión de que no deben conformarse con menos de lo que a Román (a) *Cachiporro* le rinde en una quincena.

Y no duden de que Román (a) *Cachiporro* pagará religiosamente lo que le pidan, y aun es probable que se exceda en su generosidad.

Porque, piénsenlo ustedes, no se trata, en este caso, de la muerte de su mujer, valga el ejemplo, sino de la muerte de un animal productivo, de lo que le han librado, y ello debe persuadirles de que a favor de ustedes juegan todas las bazas.

En primer lugar, si su mujer se hubiese muerto, no le costaría dinero su posible reemplazo.

En cambio, si la vaca hubiese muerto, su reposición le exigiría un inmediato y fuerte tiento al «gato».

Mientras tanto, dejaría de beneficiarse con el ingreso diario que ha venido disfrutando.

No tendría un ternero más cada año.

Todo cuanto le digo acaso le parezca broma, pero no es así. Porque estas gentes—ya lo iré advirtiendo—en el fondo de su pensamiento no razonan de otra manera, y para convivir entre ellas hay que saber interpretar sus exteriores sentimientos.

También el patán sabe vestir su rostro con una máscara social y se ofendería si se pusiesen de manifiesto los verdaderos móviles de su conducta. Que ya saben hacer de su capa un sayo y aparentar una dignidad y una elevación de espíritu de que en realidad carecen. Importa, no que esto se haga así o de otra manera, sino que los impulsos queden ocultos. En ellos se puede pensar, pero en monólogo interior y callado. De labios afuera, la palabra (aunque no saben que hay quien lo ha dicho, lo practican) les sirve para ocultar el pensamiento. No olvide usted nunca que vivimos en el país de los honrados, donde, como dijo el poeta,

... todo es mentira;
que uno no mata por si otro viene,
y éste no roba, por si aquél mira.

X

CAMBIO DE VIA

El pobre Manuel las estaba pasando negras. El doctor terminó de reconocer aquellas voluminosas hemorroides, que le torturaban, y extendió una receta.

—Mira—le dijo a la marisabidilla de su mujer, allí presente—, la medicina que vas a traer son una especie de pirulis, que vienen envueltos en papel de plata. Hasta mañana, que volveré, le aplicas tres. Le quitas el papel...

—No me diga usted más. ¿Qué me va a explicar? Váyase tranquilo, que corre de mi cuenta.

—Te agradezco que me ahorres tiempo, perdido en explicaciones, porque tengo mucha visita que hacer. En último término, si alguna duda tienes, lee el prospecto de la caja.

* * *

—¿Cómo pasaste la noche, Manuel? ¿Te han aliviado los supositorios?

—Sí, señor médico; pero, anda, que buen trabajo me costó pasarlos...

—¿Eh? Pero si eso no tiene dificultad ninguna. Y tu mujer me aseguró que no necesitaba explicaciones sobre su uso.

—Anda. Pues claro está que no las «necesitemos». Verá usted. El primero me lo dió, como usted dijo, sin el papellito ése de plata, en que venía envuelto, y por más que hice, no fui capaz de pasarlo por el tragadero, y eso que lo eché con el pico «palante». Así que le dije: Tráeme otro, pero sin quitarle el papel, para que no se me derrita en la boca, y empujándolo con los dedos y a fuerza de tragar, lo hice bajar «pal estómag». Buena medicina me ha dado usted, pero bien difícil de tomar. Qué sudores he pasado por tres veces.

Contuvo el médico la risa, y marchóse, pensando en los problemas terapéuticos que planteaba aquella nueva vía de tratamiento de las hemorroides. ¡Digeriría el jugo gástrico de aquel bárbaro el papel de estaño? ¿Cómo explicar la mejoría que disfrutaba?

Por fin, dió con la solución.

Por todas partes se llega a Roma.

XI

EMPIRISMO DEDUCTIVO

Hora mañanera. Voy por la calle, haciendo la visita. Al revolver una esquina encuentro a un barbero en cucullas, observando compungido y palpando con cuidado una de las extremidades delanteras de su borrico. Una mujeruca, asomada a una ventana, debió de dirigirle algunas palabras, porque, en el momento en que yo paso, siento que el hombre le responde:

—Sí, tía; bien puede ser un reumatismo...

Como se ve, el borriquito estaba doliente de una pata.

Pues por nosotros no hay inconveniente en admitir el diagnóstico. Y hagamos constar que aquel bárbaro, inculto y analfabeto, no pudo llegar a su dictamen por vía de conocimiento y de raciocinio. ¿Cómo, entonces?

Más o menos, guiado por la autoobservación de alguna dolencia cuyas similitudes le permitiesen tras-

ladarla a la arquitectura orgánica del cuadrúpedo semoviente.

La experimentación *in anima vili* ha abierto nuevos rumbos a la patología y terapéutica de las lacerias humanas. Este caso demuestra que hay también una empírica deducción de los hechos observados—que les confiere categoría de experimento—acaecidos *in anima nobili*, que permite su traslación mental seguida de aplicación práctica *in anima vili*. O sea, un camino inverso al de la humana ciencia experimental.

Y si ésta no llega a resultados absolutos, ¿quién sabe si aquella otra experiencia no podría rendir óptimos frutos y resolver eficazmente todos los problemas intrincados de la patología asnal?

En el hombre, más perfecto, se hallarían contenidas todas las soluciones de los seres más imperfectos. ¡Qué alto honor!

XII

DIVAGACION

¿Es la palabra un «algo» vivo, que sirve, no sólo para dar forma a una idea o designar una cosa, pero, con absoluta independencia de la idea o de la cosa en sí? ¿O va en ella implicada la idea o cosa que manifiesta? ¿Acaso va pegada a ella como la sombra al cuerpo?

En los albores del lenguaje, indudablemente, el creador de una palabra con que designar cualquier objeto hasta entonces innominado, lo hacía impulsado por un estado subjetivo creado en sí mismo al captar idealmente la impresión que la cosa le había causado y que traducía, en una palabra, en un sonido vivo, dotado de quién sabe qué extrañas e íntimas conexiones con la cosa misma.

Después... El caudal de fonemas fué base de nuevas formas, artificiosas ya, derivadas por imperio del razonamiento aplicado a las analogías y diferencias. Luego vino la Filología, o arte de disecar las palabras, con todas sus complicaciones.

Pero ¿y cuándo la palabra que ya existe y tiene su significado aceptado es mal captada por la gente inculta? ¿Se puede, aun con sus aplicaciones inexactas, sus deformaciones y corrupciones, advertir una relación cierta, aunque sea traída por los pelos, con la cosa a que se aplica?

Vaya el siguiente ejemplo:

Veo en mi consulta un niño hipotrófico, mal alimentado, raquítico, de piel arrugada y amarillenta, que trasluce sus huesecillos en formación. Me dice su madre:

—Casi no le pude dar de mamar desde que nació. Y menos mal que en seguida eché mano del «tiburón».

¡Ah! He aquí cómo se explica que el niño sea tan escuálido (o escualo).

¡Númenes de Eugenio d'Ors!

En las diarreas estivales

FACTOR
PP *Vicocrisina*
 FACTOR ANTIPELAGRA - ANTIDIARREICO

El ácido nicotínico se ha revelado con una acción casi específica en el tratamiento de las diarreas. De una parte, en la etiología de muchas formas diarreicas existe un factor carencial, y, de otra, en todos los estados diarreicos hay un déficit de aporte impuesto por la alimentación y los trastornos de la absorción.

Tubo de 20 tabletas de 0,1 grs.

Caja de 5 ampollas de 0,1 grs. en 2 c. c.

INSTITUTO FARMACOLOGICO LATINO, S. A. - MADRID